



PBRO. DON JOSE GUADALUPE SALTO.

Corta pero terrible es la historia de este sacerdote insurgente que con tanto entusiasmo abrazó la causa de la revolución.

Era originario de Michoacán, y una vez que se hubo ordenado, se dedicó á su ministerio en la Vicaría de Teremendo, donde se hizo notable por su vida ejemplar y sus virtudes, que le dieron fama en la comarca y aun en Valladolid. Sin embargo, fué uno de los más decididos partidarios que tuvo la revolución, y apenas empezada ésta se lanzó al campo con una partida que expedicionó por la provincia, y con la que concurreó al asalto de la capital de ella en 2 de Junio de 1811; hecho prisionero, Trujillo, por una circunstancia verdaderamente rara, no lo fusiló, sino que lo retuvo preso algún tiempo y aun lo indultó y dejó libre menos de dos meses después, en celebridad de haberse retirado los insurgentes de aquella ciudad el 22 de Julio, cuando ya casi la tenían tomada.

Vuelto el padre Salto á su Curato de Teremendo, siguió siendo insurgente, ostentando ya el nombramiento de Coronel, que le dió el Mariscal Navarrete en 10. de Abril de 1812, haciendo varias correrías por los pueblos vecinos, ya sólo ya en compañía del mismo Navarrete. En una de las correrías de Linares trató de atacar el fuerte de Jaujilla, situado en la laguna de Zacapu, y fué rechazado, teniendo más de cuarenta heridos, los que fueron llevados á un pueblo de las inmediaciones; refiere Ala-

mán que por las predicaciones del padre Salto los indios de la comarca se alborotaron y asesinaron en masa á los heridos, y que por esta causa se emprendió una tan activa persecución contra él, que se vio obligado á dejar su Curato y á ocultarse en una abra ó voladero de la alberca de Teremendo, cuya entrada estabab formada por dos planchas de vigas. Allí era alimentado por los indios, que cautelosamente iban á llevarle provisiones y á darle aviso de los movimientos de los realistas.

Pesquera, Capitán de lanceros, que tenía la comisión de capturar al sacerdote, escogió por guía á un correo que Negrete enviaba á Trujillo desde la Piedad y que cogido por la partida de Salto había logrado escapar de ella; guiado por aquel hombre, que conocía bien el paraje, Pesquera rodeó con su tropa el cráter de un extinguido volcán donde está la alberca, y subiendo por una senda pendiente y escabrosa vió á tres hombres inmediatos á una especie de capilla que empezaban á fabricar; pusiéronse en fuga al acercarse los realistas y uno de ellos se metió por el abra, á donde fué seguido. Al entrar los soldados, alzó la voz diciendo: "No me maten, que soy ministro de Jesucristo," y al mismo tiempo dió una lanzada al soldado Manuel de la Cruz, que estaba más inmediato, dejándolo mal herido. Pesquera dió orden de que no se ofendiese al sacerdote y al mismo tiempo le intimó para que se rindiese, pero Salto contestó que "no saldría de aquella cueva, á menos que no fuese su Prelado," y preguntando quién era quien lo buscaba, le contestaron que las tropas del Rey, á lo que replicó: ¿que de qué Rey se trataba, pues las tropas allí presentes eran de Napoleón?

Al mismo tiempo empezó á defenderse; haciendo rodar piedras desde la boca de la cueva, lo que decidió á Pesquera á mandar hacer fuego; los soldados, que habían permanecido fuera de la caverna, apenas podían disparar sus armas, pues para hacerlo tenían que asirse de los arbustos suspendidos sobre un voladero de cincuenta varas de profundidad, en el que se habrían precipitado al menor descuido ó si se hubiera

desgajado alguna de las ramas de que se sostenían. Procuraron, sin embargo, hacer puntería sobre un tejadillo que cubría la entrada de la cueva, y á poco vieron que en el interior de ella había un hombre por tierra, con lo que suspendieron el fuego y penetraron á la caverna, donde encontraron al padre Salto atravesado de un balazo y dos mujeres que estaban allí presas para mandarlas á Navarrete; los otros dos hombres habían desaparecido.

Las mujeres fueron puestas en libertad y Pesquera hizo que el padre Salto fuese conducido en un tapextle á Valladolid, cargándolo otros de los prisioneros que había hecho. Trujillo dió orden de que el prisionero fuese fusilado al día siguiente á las diez de la mañana, y dió aviso al Obispo electo Abad y Queipo de su resolución, por si había algunas formalidades que llenar, pero al mismo tiempo le hizo advertir que por ningún motivo suspendería la ejecución, que debería verificarse á la hora señalada, por temor de que el padre Salto muriese de la grave herida que había recibido. El Obispo declaró que dada la enormidad de los crímenes del reo y su obstinación en ellos, no obstante habersele concedido por segunda vez el indulto por intervención del mismo Prelado, era innecesaria la degradación, habiendo perdido el fuero y el principio de cánón. Fué, pues, sacado al patíbulo en camilla, y un eclesiástico español que iba á su lado, hacía creer al concurso que se había reunido, que daba pruebas de su arrepentimiento; pero en aquellos instantes ya el padre Salto no existía, y al llegar al cadalso, los soldados encargados de la ejecución dispararon sobre un cadáver. Permaneció expuesto durante todo el día.

Por los informes de que dispuso el señor Bustamante, y que son distintos de los narrados aquí, aparece que el Presbítero Don José Guadalupe Salto fué un santo mártir de la causa insurgente; sea como fuere, revela mucha ferocidad en Trujillo ese detalle de hacer fusilar un cadáver.